

RETIRO DE ADVIENTO

HNA. MAR CAMARGO CANDELAS, ecr

I Domingo de adviento- Tiempo de deseos y obras

Oración Colecta: Dios todopoderoso, aviva en tus fieles, al comenzar el Adviento, el deseo de salir al encuentro de Cristo, acompañados por las buenas obras, para que, colocados un día a su derecha, merezcan poseer el reino eterno. Por nuestro Señor.

Esta es la oración que la Iglesia comienza el tiempo de Adviento. Y en ella nos explica cuál es el misterio que vamos a celebrar y con qué espíritu tenemos nosotros que vivirlo. El adviento es el tiempo que nos prepara al Señor que viene. Al leer esta oración, nos viene a la memoria la parábola de las vírgenes prudentes y las necias (Mt 25, 1-13); ellas están a la espera también del Esposo que viene, con la lámpara de las buenas obras encendida.

La primera lectura del primer domingo de Adviento nos dice: "Venid, subamos al monte de Yahveh, a la casa del Dios de Jacob, para que él nos enseñe sus caminos y nosotros sigamos sus senderos". Es el deseo de vivir en humildad, dejándonos enseñar por el mismo a Dios a caminar por donde Él camina, a ser como Él.

Este año el Papa nos convoca con la Jornada de los Pobres a actualizar nuestra verdadera esencia para que el rostro de Dios sea conocido por medio de nuestras palabras y a través de nuestras obras en el servicio a los más pobres y humildes del mundo. El papa decía: "Si Él se hizo pobre por nosotros, entonces nuestra misma vida se ilumina y se transforma, y adquiere un valor que el mundo no conoce ni puede dar. La riqueza de Jesús es su amor, que no se cierra a nadie y va al encuentro de todos, especialmente de los que son marginados y privados de lo necesario", y nos daba unas pistas para poder llevarlo a cabo: "Si queremos que la vida venza a la muerte y la dignidad sea rescatada de la injusticia, el camino es el suyo: es seguir la pobreza de Jesucristo, compartiendo la vida por amor, partiendo el pan de la propia existencia con los hermanos y hermanas, empezando por los más pequeños, los que carecen de lo necesario, para que se cree la igualdad, se libere a los pobres de la miseria y a los ricos de la vanidad, ambos sin esperanza".

No es tanta cuestión de hacer, sino de ser. No basta con hacer obras de misericordia, hay que ser misericordiosos. Es posible que muchas veces, quizá la mayoría, no podamos hacer nada, pero siempre podemos sentir, estar, compartir misericordiosamente.

- Enseñar al que no sabe.

Es una bonita obra de misericordia, pero a veces nos encariñamos tanto con ella que queremos dar lecciones a todo el mundo. Esta misericordia debemos practicarla con moderación.

A lo mejor es preferible que te dejes enseñar. Esto también es obra de misericordia: saber escuchar y agradecer lo que has aprendido. Todos necesitamos aprender unos de otros, incluso el profesor del alumno, y el padre del hijo, y el empresario del obrero.

Enseña, sí, al que no sabe, pero sin humillarle. Enséñale a saber. Y -no hace falta decirlo- para que sea obra de misericordia se necesita una condición: la gratuidad.

¿Soy humilde cuando tengo que enseñar a otro? ¿Cómo reacciono cuando me enseñan a mí? ¿Cómo es mi gratuidad para con los demás?

- Dar buen consejo al que lo necesita.

Da un consejo, pero sin paternalismo. Da un consejo, pero cuando el otro te lo pida o lo quiera o de verdad lo necesite. Da un consejo, pero siempre que estés tú dispuesto a recibirlo.

Un buen consejo, una palabra orientadora, puede ser luz en la noche, puede ahorrar muchos tropiezos y caídas, puede salvar una vida del fracaso y la desesperación.

¿Doy consejos a quien lo necesita o prefiero callarme para no meterme en líos? ¿Soy capaz de recibir consejos de los demás? ¿De quién no estoy dispuesto a recibir un consejo?

- Corregir al que yerra.

También la corrección fraterna es una obra de misericordia, pero cuando se hace desde la humildad y desde el amor. Desde la humildad, reconociendo que también nosotros nos equivocamos. No queramos sacar la paja en el ojo ajeno, sin darnos cuenta de nuestra viga. Desde el amor, no para herir al hermano sino para salvarle. Y hacerlo además cariñosa, delicadamente.

¿Me cuesta corregir al que yerra? ¿Busco el bien de la persona cuando lo hago?

- Perdonar las injurias.

Es de lo más difícil. Somos tan propensos a la venganza y el resentimiento. Por eso Jesús nos dio un ejemplo maravilloso, y nos cogió la palabra en la oración que puso en nuestros labios.

Esta es una de las obras de misericordia más cristiana. Perdona, aunque la ofensa te duela mucho. Perdona setenta veces siete. Perdona, si puedes, hasta olvidar. Perdona y ama. Y perdónate también a ti mismo.

¿Tienes en tu corazón algún resquicio de rencor? ¿Hay algo que no has perdonado? ¿te perdonas a ti mismo? ¿Te sientes perdonado por el Señor?

- Consolar al que está triste.

Cada uno de nosotros tendría que ser un ángel del consuelo, como el que se acercó a Jesús en su agonía, y escribir cada día alguna página del libro de la Consolación. Son muchas las personas que sufren la tristeza, a veces por cosas bien pequeñas. ¡Resulta tan fácil y tan bonito hacer felices a los demás! Podría bastar una palabra, una sonrisa, una explicación, un desahogo, un gesto de cariño.

El que consuela se parece a Dios, que se dedica a enjugar las lágrimas de todos los rostros.

¿Eres de los que consuelas o de los que te quedas impassible frente al sufrimiento de los demás? ¿A quién te cuesta más consolar?

- Sufrir con paciencia las flaquezas de nuestros prójimos.

Damos por supuesto que todos tenemos flaquezas. Hombre, el prójimo no es un cielo, como piensa el enamorado, ni es un infierno, como piensa el existencialista.

La convivencia es fuente de alegría y enriquecimiento, pero es también una llamada al vencimiento y el vaciamiento.

Lleva con paciencia las flaquezas del prójimo –y las tuyas-. Te ayudarás a crecer en el amor y la misericordia. Como Dios, que tiene paciencia infinita con nosotros. Y llévalas también con humor.

¿Considero a los otros un lugar de encuentro con Dios? ¿Rezo por las personas que me cuestan? ¿Abrazo la cruz que me toca?

- Rogar a Dios por los vivos y difuntos.

Rezar no es una rutina. Rezar es amor. Cuando rezas por alguien te solidarizas con él, lo quieres como a ti mismo. No rezas para ablandar el corazón de Dios, sino para agrandar el tuyo. Rezar es llenar tu corazón de nombres.

Rezar por los demás te hace bien a ti mismo, porque te ayuda a amar y te compromete para hacer realidad, en la medida de tus fuerzas, aquello que pides.

Ruega a Dios por los vivos y difuntos y sentirás cómo crece la comunión de los santos.

Corporales

- *Visitar y cuidar a los enfermos.*

No es una visita desde lejos, una visita por cumplir. Algo que signifique cercanía y com-pasión. Una visita que suponga comunicación, ayuda, cuidado, ternura, consuelo, confianza. Son partecitas del cuerpo doliente de Cristo. Hay muchas clases de enfermedades y de enfermos. No están sólo en los hospitales; los hay también en casa, en el trabajo y en la calle. Todos tenemos alguna enfermedad o alguna dolencia. Por eso tenemos que tratarnos comprensiva y compasivamente.

- *Dar de comer al hambriento.*

Hay que compartir el pan -¡hay tantas hambres!-. Pero no basta. Hay que hacerse pan y pan partido, como hizo nuestro Señor Jesucristo. El pan es fraternidad y es vida. El pan partido y compartido es amor.

- *Dar de beber al sediento.*

Dar un vaso de agua es fácil y es bonito. Saciar otra sed más profunda es difícil. Saciar la sed definitivamente es imposible. Pero alguien puede hacer brotar en las entrañas una fuente de agua viva, gozosa, inagotable. Tú puedes ayudar a hacer posible el milagro del agua.

- *Dar posada al peregrino.*

Hoy no es fácil abrir la puerta de la casa, cada vez más defendida. Son muchos los peregrinos que llaman a nuestra puerta: mendigos, transeúntes, extranjeros, refugiados, drogadictos... Toda una herida abierta, que exige soluciones no sólo personales sino estructurales.

Acoge al que llama a la puerta de tu casa, pero no sólo materialmente sino cordialmente. Todo el que se acerca a ti es un peregrino, que a lo mejor sólo te pide una palabra, una sonrisa o una escucha.

- *Vestir al desnudo.*

Aquí, entre nosotros, no encontrarás muchos desnudos que vestir. Suelen estar muy lejos. Quizá haya otro tipo de vestiduras, mejores que la capa de san Martín, que sí debes poner: la vestidura del honor, del respeto, de la protección. Siempre tendrás que cubrir la desnudez del prójimo con el manto de la caridad.

Hay otro problema relacionado con esta obra de misericordia. Hay algo mucho más grave que no vestir al desnudo; es el desnudar al vestido. Esto es ya tema de justicia. Y atentos, son los muchos millones a los que estamos desnudando. "Si, pues, ha de ir al fuego eterno aquel a quien le diga: estuve desnudo y no me vestiste, ¿qué lugar tendrá en el fuego eterno aquel a quien le diga: estaba vestido y tú me desnudaste?" (San Agustín).

- *Redimir al cautivo.*

No está en nuestras manos sacar a los presos de la cárcel; pero sí podemos aliviar y orientar a los presos que están en la cárcel. No podemos quitar las esposas de las muñecas; pero sí podemos quitar las cadenas del alma. Hay muchas cárceles y esclavitudes íntimas. Es tarea nuestra, es obra de misericordia, liberar a todos los cautivos: desde el preso al drogadicto, desde el avaricioso al consumista, desde el lujurioso al hedonista, desde el hincha al fanático de lo que sea.

- *Enterrar a los muertos.*

De esto ya se encargan las funerarias. Tú envuelve a los difuntos en la oración esperanzada, en el amor y el agradecimiento.

El problema está más no en los que se van sino en los que se quedan. La muerte de un ser querido deja casi siempre heridas sangrantes. Es una obra de misericordia estar cerca de los que sufren por estas muertes. Cuando damos el pésame o "acompañamos en el sentimiento", que no sea una rutina o una palabra vacía.

¿Cómo es mi caridad concreta?

II Domingo de adviento- Tiempo de conversión

Oración colecta: Señor todopoderoso, rico en misericordia, cuando salimos animosos al encuentro de tu Hijo, no permitas que lo impidan los afanes de este mundo; guíanos hasta él con sabiduría divina para que podamos participar plenamente del esplendor de su gloria. Por nuestro Señor.

El que se ha encontrado con Jesucristo se parece al que ha descubierto un tesoro, su vida cambia radicalmente y, siendo el mismo, presenta a los suyos un talante desconocido para ellos: a partir de esa experiencia comienza a ser alegre, humilde, dócil, paciente, no fomenta el resentimiento, ni el odio, ni la envidia, su código de vida no es el del mundo, sino el de Cristo, el amor.

Y ¿cuáles son los afanes de este mundo? Hay tres que me parece que tiran de nosotros con más fuerza:

El tener: la sociedad nos invita cada vez más a consumir, y lo hace sobre todo en este tiempo en el que se acerca la Navidad. Tener cosas es bueno y necesario porque ellas nos permiten servir a Dios también. El peligro está en poner la seguridad en esas cosas (de fuera y de dentro), como si fueran ídolos, porque acaban esclavizándonos.

El poner la seguridad en las cosas además nos hace mirar al que no tiene por encima del hombro, y cuanto más tenemos más nos cuesta dar al necesitado.

¿Vivo con la seguridad puesta en las cosas? ¿Cómo es mi generosidad con los más necesitados?

El valer: esto también es un peso que nos atrapa. Es el deseo de reconocimiento social, la necesidad de aparentar o de sentirnos valorados por los otros. Hay gente que vive de la imagen, o del prestigio. A veces incluso hacemos el bien para que reconozcan en nosotros lo bueno que somos o para que cuenten con nosotros. Buscamos un gozo inmediato en lugar de buscar el agrado de Dios.

¿Busco prestigio en mi vida, que me valoren? ¿Me alegro con los triunfos de los demás?

La soberbia, el orgullo: afirmación del propio yo hasta prescindir de Dios. Es el pecado de creermos en el centro de todo, y desde ahí impongo mi propio criterio creyendo que tengo la verdad absoluta, por encima de los demás hasta incluso despreciarlos.

“¿Qué cosa sucede con el dinero? Al inicio el dinero te ofrece un cierto bienestar. Está bien, luego te sientes un poco importante y viene la vanidad. Esta vanidad que no sirve, pero tú te sientes una persona importante: esa es la vanidad. Y de la vanidad a la soberbia, al orgullo. Hay tres escalones: la riqueza, la vanidad y el orgullo”.

“¡Ninguno – recordó el Papa – puede salvarse con el dinero!”. Sin embargo, “el diablo toma siempre este camino de tentaciones: la riqueza, para sentirte autosuficiente; la vanidad, para sentirte importante; y, al final, el orgullo, la soberbia: es precisamente su lenguaje la soberbia”.

La Iglesia nos ofrece comenzar el año litúrgico fijándonos en el final de nuestra existencia, se nos muestra que nos andamos por andar, sino que el que nos ha dado la existencia, el que nos ha puesto en el mundo, lo ha hecho también ofreciéndonos un destino en lo que somos y en lo que hacemos.

A veces los cristianos, no solemos pensar en nuestro fin último. Eliminar de nuestra vida este fin, significa que los medios por los cuales realizamos nuestra vida dan igual, que el camino por el que nos movemos en la vida da lo

mismo, y que por tanto no hay distinción entre bien y mal, entre lo bueno y lo mejor; significa que nos movemos por el capricho, que solo haré lo que me gusta o me sienta bien.

Si perdemos de vista ese fin nos encontramos ante la urgencia de encontrar consuelo y diversión aquí y ahora. No hay razón para negarse a uno mismo, sacrificarse por los demás, decir "no" a malos hábitos. Olvidado o perdido el fin, la razón última por la que rezamos, trabajamos, intentamos mejorar, amamos o perdonamos, lo que queda es el riesgo del egoísmo. Hasta las cosas de Dios: la misa, o la oración, quedan sin su sentido final, en manos de cómo me hacen sentir bien.

Por eso, el adviento es un tiempo que sirve para que miremos hacia dónde nos dirigimos y miremos cuál es el sentido de las cosas que hacemos: ¿nuestras tareas diarias son dignas de salir al encuentro del Señor?

III Domingo de Adviento- Tiempo de Alegría. Gaudete

Oración colecta: Estás viendo, Señor, cómo tu pueblo espera con fe la fiesta del nacimiento de tu Hijo; concédenos llegar a la Navidad - fiesta de gozo y salvación - y poder celebrarla con alegría desbordante.

La alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús. Quienes se dejan salvar por Él son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento. Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría.

La alegría de este tiempo de Adviento no tiene que ser la alegría que tenemos cuando todo nos va bien, es la alegría de saber que nuestro Salvador va a nacer, es la alegría por el Otro.

«Tu Dios está en medio de ti, poderoso salvador. Él exulta de gozo por ti, te renueva con su amor, y baila por ti con gritos de júbilo» (Sof 3,17). Es la alegría que se vive en medio de las pequeñas cosas de la vida cotidiana.

¿Vivo con alegría en medio de mi pequeña rutina? ¿Disfruto de las cosas sencillas de cada día? ¿Me fijo en los detalles?

- La alegría de la vida cotidiana
- La alegría verdadera

Francisco, en Santa María, llamó a fray León y le dijo: «Hermano León, escribe». El cual respondió: «Heme aquí preparado». «Escribe -dijo- cuál es la verdadera alegría. Viene un mensajero y dice que todos los maestros de París han ingresado en la Orden. Escribe: No es la verdadera alegría. Y que también, todos los preladados ultramontanos, arzobispos y obispos; y que también, el rey de Francia y el rey de Inglaterra. Escribe: No es la verdadera alegría. También, que mis frailes se fueron a los infieles y los convirtieron a todos a la fe; también, que tengo tanta gracia de Dios que sano a los enfermos y hago muchos milagros: Te digo que en todas estas cosas no está la verdadera alegría. Pero ¿cuál es la verdadera alegría? Vuelvo de Perusa y en una noche profunda llego acá, y es el tiempo de un invierno de lodos y tan frío, que se forman canelones del agua fría congelada en las extremidades de la túnica, y hieren continuamente las piernas, y mana sangre de tales heridas. Y todo envuelto en lodo y frío y hielo, llego a la puerta, y, después de haber golpeado y llamado por largo tiempo, viene el hermano y pregunta: ¿Quién es? Yo respondo: El hermano Francisco. Y él dice: Vete; no es hora decente de andar de camino; no entrarás. E insistiendo yo de nuevo, me responde: Vete, tú eres un simple y un ignorante; ya no vienes con nosotros; nosotros somos tantos y tales, que no te necesitamos. Y yo de nuevo estoy de pie en la puerta y digo: Por amor de Dios recogedme esta noche. Y él responde: No lo haré. Vete al lugar de los Crucíferos y pide allí. Te digo que si hubiere tenido paciencia y no me hubiere alterado, que en esto está la verdadera alegría y la verdadera virtud y la salvación del alma».

- La alegría se comunica

"Miremos el pesebre: la Virgen y san José no parecen una familia muy afortunada; han tenido su primer hijo en medio de grandes dificultades; sin embargo, están llenos de profunda alegría, porque se aman, se ayudan, y sobre todo están seguros de que en su historia está la obra Dios, Quien se ha hecho presente en el pequeño Jesús.

- "Para alegrarnos, necesitamos no sólo cosas, sino amor y verdad: necesitamos a un Dios cercano, que calienta nuestro corazón, y responde a nuestros anhelos más profundos".

¿Comunico la alegría de la salvación?

IV Domingo de Adviento- Dios caridad

Oración colecta: Derrama, Señor, tu gracia sobre nosotros, que hemos conocido por el anuncio del ángel la Encarnación de tu Hijo, para que lleguemos, por su pasión y su cruz, a la gloria de la Resurrección.

En este último domingo de adviento encontramos todos los misterios de la vida de Cristo, la oración colecta nos invita a ver la obra de la salvación desde la Encarnación hasta la Resurrección. El acontecimiento de Belén se debe considerar a la luz del Misterio pascual: tanto uno como otro forman parte de la única obra redentora de Cristo. La Encarnación y el Nacimiento de Jesús nos invitan ya a dirigir nuestra mirada hacia su muerte y su resurrección. Tanto la Navidad como la Pascua son fiestas de la redención.

Los Padres de la Iglesia leían siempre el nacimiento de Cristo a la luz de toda la obra redentora, que tiene su culmen en el Misterio pascual. La Encarnación del Hijo de Dios se presenta no sólo como el principio y la condición de la salvación, sino también como la presencia misma del Misterio de nuestra salvación: Dios se hace hombre, nace niño como nosotros, toma nuestra carne para vencer la muerte y el pecado. Dos textos significativos de san Basilio lo ilustran bien. San Basilio decía a los fieles: «Dios asume la carne precisamente para destruir la muerte escondida en ella. Como los antídotos de un veneno, una vez ingeridos, anulan sus efectos, y como las tinieblas de una casa se disipan a la luz del sol, así la muerte que dominaba sobre la naturaleza humana fue destruida por la presencia de Dios. Y como el hielo permanece sólido en el agua mientras dura la noche y reinan las tinieblas, pero al calor del sol inmediatamente se deshace, así la muerte que había reinado hasta la venida de Cristo, en cuanto apareció la gracia de Dios Salvador y surgió el sol de justicia, "fue absorbida en la victoria" al no poder coexistir con la Vida» (Homilía sobre el nacimiento de Cristo, 2: PG 31, 1461).

En la Navidad encontramos la ternura y el amor de Dios que se inclina hasta nuestros límites, hasta nuestras debilidades, hasta nuestros pecados, y se abaja hasta nosotros. San Pablo afirma que Jesucristo «siendo de condición divina, (...) se despojó de sí mismo tomando la condición de esclavo, hecho semejante a los hombres» (Flp 2, 6-7). Contemplemos la cueva de Belén: Dios se abaja hasta ser recostado en un pesebre, que ya es preludio del abajamiento en la hora de su pasión. El culmen de la historia de amor entre Dios y el hombre pasa a través del pesebre de Belén y el sepulcro de Jerusalén.

¿Estoy dispuesto a vivir como el Señor?

Con las palabras del Papa Francisco, os invito a cada uno, donde quiera que se encuentre y por la situación por la que esté pasando, a que renueve su encuentro personal con Jesucristo o, al menos, a tomar la decisión de dejarse encontrar por Él, de intentarlo cada día sin descanso... Éste es el momento para decirle al Señor: «Señor, me he dejado engañar, de mil maneras escapé de tu amor, pero aquí estoy otra vez para renovar mi alianza contigo. Te necesito. Rescátame de nuevo, Señor, acéptame una vez más entre tus brazos redentores».